

Y señalando el lugar de donde había salido el ruido, añadió:

—¡Algún conejo que habrá pasado mucho más miedo que vos, Magdalena, ¡vamos!

La noche empezaba á extender sus negras alas.

Las luces del castillo brillaban en las crecientes tinieblas.

El vizconde de Bures se había equivocado.

No era ni conejo ni gamo el que acababa de producir aquel ruido que tanto había asustado á Magdalena.

La joven tenía razón.

Había quien les espía aquella noche.

Y era el hombre al que más temía, porque sabía que permanecía aún en el país.

Cuando los dos enamorados se estaban paseando, Jaime Fugeret, que se pasaba los días enteros dando mil vueltas por las cercanías del parque, tan solo con la esperanza de ver á su víctima, se había ocultado primeramente en un espino para poder verlos mejor.

Después, loco de celos, había escalado el murallón del recinto agarrándose á las piedras salientes.

Cuando hubo entrado en el parque se había ocultado en un macizo para poder coger algunas palabras, al paso que se resumían en un hecho que le desesperaba.

—Las dos jóvenes se amaban.

Pudo oír el ruego que el vizconde dirigió á la joven y la negativa que Magdalena le dió.

¿Comprendió la causa de aquella resistencia, el escrúpulo al cual obedecía la desgraciada joven?

Quizás.

Porque al volver á escalar de nuevo la tapia para entrar en el bosque y dirigirse á su cabaña, murmuró, pensando en la palidez y en el decaimiento de la señorita de Arvil.

—¡Casados!... ¡Aún no lo están!... ¡Ah, si la casualidad quisiera!...

Y al entrar en su casa lanzó un grito salvaje de alegría.

—¿Y por qué no?... ¡Esperemos!... ¡Veremos!

XIII

Frente á frente.

Ocho días después de la marcha del vizconde de Burés para las posesiones del coronel de Brancurt, Jaime Fugeret no había aun abandonado su aldea y se dedicaba á merodear todas las tardes por las cercanías del parque de la Forge.

Lo demás del tiempo pasábalo encerrado en su miserable casa, como un lobo en su guarida.

¿A qué clase de reflexiones se entregaba?

Ya pueden imaginárselo.

El amor que Magdalena sentía por su futuro le era conocido desde hacia muchos años.

Gracias á las palabras que de su conversación en el parque había podido oír, conservaba algunas dudas sobre la vitalidad de aquel amor, había debido desvanecerse en parte.

¿Para que podía servirle su crimen?

En el corazón del hombre hay dos genios en lucha constante, el bueno y el malo.

El bueno le decía que no le quedaba más camino que desaparecer y espiar su crimen,

tratando de rehabilitarse con una vida de trabajo y de honor.

El otro le repetía: ¡Espera! ¡Prosigue tu obra!... ¿Perdida por ti quién sabe?...

Seguro de la impunidad, protegido por el sentimiento de honor, por la delicadeza de la víctima, se complacía en su obra, gozaba recordando su infame acción.

Y esperaba... ¿Qué? Lo desconocido, el porvenir, y permanecía atado por una pasión insensata á aquellos lugares, de los cuales no podía resolverse á partir.

Sus vecinos se extrañaban de una permanencia tan prolongada en aquella aldea tan miserable, donde vivía con nada, con un pedazo de pan negro y un puchero de leche; pero como cada cual tenía que ocuparse de sus asuntos, nadie pensaba apenas en aquel ermitaño de los Esarts.

Lo que sí se decían era que teniendo que elegir una carrera, trataba de orientarse y ver hacia qué lado soplaban el viento para ponerse en camino.

¿Hacia qué lado?

Este era para él el caso difícil, y no dejaba de repetirse esta pregunta con la ansiedad con que se la hacen los infelices que carecen de pan:

—¿Qué haré?

Cruel enigma.

Su visita ordinaria era Filoche, el anciano pastor que hacía pastar á sus dos docenas de carneros en las cercanías del pueblo, por los caminos, y que al menor descuido les permitía el lujo de darse un festín en los sembrados de alfalfa de las granjas próximas.

Es preciso que todo el mundo viva.

Filoche y su rebaño se hallaban una mañana en un terreno baldío de la aldea de los Esarts.

El buen hombre, envuelto en su capa llena de remiendos, como un senador romano en su túnica de colores, mientras que el rebaño arrancaba con el ardor de un hambriento el verde que crecía en las cercanías de la cabaña de Jaime Fugeret, y se había puesto de codos en la ventana y cambiaban los dos algunas palabras, cuando el cartero apareció en la revuelta del camino con su cuello rojo, su kepis y su cartera.

—Toma—dijo el pastor—aquí os traen algún papel para vos, porque en las demás chozas no se acostumbra á recibir semejantes cosas.

El anciano no se equivocaba.

El cartero se dirigió en línea recta á la choza y dijo á su vez:

—Una carta para vos, señor Jaime Fugeret.

Jaime Fugeret no era más rico que sus vecinos.

Al contrario.

Pero para los buenos aldeanos, todo hombre que ha estudiado se coloca en la categoría de señor.

El antiguo protegido del abate Aselin era un señor.

¡Y esto es tanto más molesto cuanto menos dinero se tiene!

El pastor, para dar rienda suelta á su lengua, quiso entablar conversación con el cartero.

Pero este cortó por lo sano á las preguntas del anciano, diciendo:

—Hasta mas ver, tío Filoche, tengo mucho que andar hoy por la mañana, y voy á llegar tarde al castillo.

—¿Tienes cartas para alli?

—Claro.

—¿Para la señora?

—Lo menos media docena.

—Pues bien, amigo mio, no necesitas estropear te las piernas—le dijo el pastor.—No será ella quien te regañe hoy.

—¿Por qué?

—Porque no está en el castillo.

—¿Y qué sabeis vos?

—La he visto pasar esta mañana cuando estaba yo con mi rebaño en la Prée... al amanecer.

—Y... ¿qué más?—preguntó el cartero.

—Después, el cochero, el grueso Burar... mi amigo. Se ha parado y hemos charlado un buen rato mientras los caballos descansaban. Me ha contado que venia de llevar á su señora á la estación de Montfort para que tomase el primer tren que pasase para París, donde va á arreglar algunos negocios y donde permanecerá tan solo dos dias, tiempo necesario tan solo para ir y volver. Que los demás convidados han hecho lo que el señor de Bures, se han marchado, y que la señorita está completamente sola en el castillo.

Jaime Fugeret, que leía su carta sentado en el poyo de la chimenea, aguzó el oido.

El cartero, que ya no tenía prisa, por lo que acababa de decirle el pastor, se sentó en un tronco que había cerca de la puer-

ta de la choza, al lado del pastor que se calentaba á los débiles rayos de un sol de Octubre.

—¿No os ha dicho más que eso el cochero?—preguntó á Filoche.

—Poco más.

—¿De la señorita no os ha hablado?

—Tan solo dos palabras: que va muy despacio, que su convalecencia es larga, pues tardaba mucho en reponerse. Ha perdido los colores, casi todos los que tenía, porque ya sabéis que ella siempre ha sido paliducha.

—No ha escapado de mala la muchacha—observó el cartero.

—Está tan cambiada, que cuesta gran trabajo reconocerla.

—Ha sido una verdadera lástima, una joven tan buena.

—¡Bah! pronto se repondrá. Es joven y robusta... Y además tiene medios para cuidarse bien.

—¡Cuernos! Ya lo creo, compadre. Lo que es por la bolsa no hay que compadecerla. Si nosotrosuviésemos lo que á la madre y á la hija les sobra, qué juerga podríamos correr.

—¡Oh! ¡sí, qué juerga!—suspiró el cartero.—Pero pierde cuidado, que no nos caerá semejante bicoca. Mientras llega el día, siempre que paso por el castillo encuentro allí un excelente almuerzo y una taza de café para después; siempre se lleva esto por delante. ¿No tenéis nada más que contarme, tío Filoche?

—No... no recuerdo nada más...

—Hasta más ver... Salud, señor Jaime Fugeret.

—¡Buenos días!

El cartero, con un palo en la mano y con los pantalones remangados para preservarlos del polvo, se alejó á paso ligero, excitado por la esperanza de encontrar en la Forge un buen almuerzo y una excelente taza de café.

El pastor y Jaime Fugeret se quedaron solos.

—¿Y qué?—preguntó el anciano—¿os dice algo bueno esa carta?

—Sí y no.

—¿Es de París?

—Justamente.

—¿De vuestro amigo Piriac?

—Sí.

—¿Qué os dice?

El rostro de Jaime Fugeret tomó una expresión de disgusto.

—Que cuesta mucho trabajo encontrar colocación; que nadie quería emplearle, y que, por fin, había tenido la suerte de haberse vuelto á colocar en su antiguo empleo.

—¿Qué empleo?

El joven movió los labios como si royera un hueso.

—No me habéis de eso, tío Filoche—dijo mascullando las palabras;—es criado.

Y volviendo á coger la carta de su antiguo condiscípulo, en voz alta leyó lo que sigue:

«Desde mi llegada á París no te puedes figurar lo poco que he logrado, casi lo mismo que Jerónimo Paturot cuando iba buscando una posición social.

»He desgastado un par de zapatos nuevos... No he tenido suerte, y siempre las mismas respuestas: no tenemos nada... hay que esperar... buscad en otra parte... Buenos días...

»Y qué más quieres que te diga? Cuando me preguntan qué es lo que sé hacer, no sé qué contestar. Yo sé hacer todo, y no sé hacer nada.

»Un carpintero sabe labrar madera, un albañil sabe colocar ladrillos y blanquear, un pintor sabe preparar los colores, un ebanista hace muebles.

»Nosotros, ¿qué podemos hacer?

»Escribir, y eso todo el mundo lo sabe.

»¡Escribir!... ¡bastante cosa!...

»En fin, he sido enviado de Herodes á Pilatos, y rechazado de todas partes.

»La casualidad me ha hecho volver á encontrar á mi antiguo amo; feliz casualidad; mi antiguo compañero de regimiento, el barón de Saint-Aubin, que tiene las mismas ideas que tú, y que quiere su parte en el pastel.

»Hace de esto tres días.

»Le ví venir desde lejos por los Campos Elíseos, por donde yo daba vueltas, con el corazón angustiado por el temor, no sabiendo ya á que santo encomendarme, no te lo oculto, y muy inquieto por el día de mañana.

»De la herencia de mi tía Ursula me quedaban precisamente dos monedas de cien sueldos, y las miraba muy á menudo, con un respeto que tú comprenderás más adelante, cuando hayas pasado las mismas fatigas que yo.

»El rostro del barón, á lo que me pareció, estaba bastante sombrío, pero en cuanto que me vió, se alegró muchísimo.

»¡Calla, Piriac!— me dijo—¿Qué es lo que haces aquí, querido?

«Nada... busco un empleo.

»¿Aún?

»Aún.

»¿No nada en la opulencia?

»Y tentó mi chaqueta.

»Un poco vieja—me dijo—pero fuerte aún. Estos trajes viejos son lo mismo que los caballos de sangre, se ven á primera vista. De un buen caballo un excelente penco

»Si mi aspecto era miserable, el del barón parecía, por el contrario, opulento.

»Estaba vestido con una elegancia sin tacha.

»Ló cierto es que no se le puede negar que es un guapo mozo.

»Con su monóculo en el ojo derecho tenía un aspecto insolente y una seguridad completa.

»Pero vos, señor barón,—le dije, porque me había acostumbrado, á pesar de nuestra intimidad á tratarlo con ciertas fórmulas—me pareceis muy á flote.

»Perfectamente—me contestó.— Puedo decírtelo, mi buen Piriac. He tenido una suerte loca, con la que no podía contar. Me ha llegado en el momento psicológico. Estaba tan pelado como una gallina puesta en asador. Una anciana, prima mía, á la cual yo no conocía, me ha dejado su fortuna; próximamente unos cien mil francos. Poca cosa, en verdad, pero sí lo suficiente para poder poner el pié en el estribo.

»Yo dí un salto.

»¡Poca cosa! ¡Cien mil francos!

»Hé aquí una suerte que yo no tendré jamás—dije yo tristemente.—Yo no he de heredar ni cien mil ochavos, aunque todos los Piriac de Bretaña se fueran al otro mundo.

»El barón hizo un gesto lleno de desenvoltura.

»Bah!—exclamó—en nuestras familias ocurren las cosas así; pero creo firmemente que otra suerte semejante no se me volverá á venir encima jamás. Así es que he tomado la resolución de ser tan cuerdo como una imagen y de portarme con la prudencia de la serpiente entre las tentaciones de una sociedad en medio de la cual he estado á punto de naufragar. Mi excelente prima me dejó con su dinero una casita bastante buena en un rincón del Puy-de-Dome; la guardaré como á las niñas de mis ojos para poder retirarme á meditar de cuando en cuando en medio de la soledad y del silencio.

»Te digo que no conozco á mi barón de otros tiempos y que me quedé estupefacto al darme cuenta de su metamorfosis.

»Comprendió mi extrañeza, y dándome un golpecito en la espalda, me preguntó riendo:

»¿Me encuentras muy cambiado, verdad?

»Pero...

»No tengas inconveniente en decírmelo francamente.

»En efecto.

»Es que he pasado por trances muy difíciles y te aseguro que cuando ocurren estas cosas, parece como que le ponen á uno plomo en los piés y en la cabeza... Sin un cuarto... con una infinidad de antiguos amigos que tenían á gala hacer como que no me conocían; unos compañeros que antes que salvarme del naufragio se hubieran complacido en tirarme piedras á la cabeza como á un perro que se ahoga. He reflexionado y hoy más que nunca estoy

decidido á todo, quiero dominar á los demás y no ser dominado por nadie. Tengo inteligencia y lo probaré.

»Al pronunciar estas palabras el barón, tenía una expresión de energía que me chocó.

»Su rostro cambió de expresión y me dijo con bondad:

»—Y tú Piriac?... ¿qué va á ser de tí?

»—¡Caramba! no lo se, señor barón.

»—Y si te dijera que en el momento en que te he visto pensaba en tí, ¿lo crearías?

»—¡Ah!

»—Pues si, es cierto... Me decía; quisiera encontrar á ese muchacho, porque reúne muy buenas condiciones.

»—Que sirven para bien poco.

»—Ocasión puede llegar de poderlas emplear. En esta vida se vive de milagro, el mundo está lleno de casualidades. Yo soy un ejemplo. He encontrado en mi miseria á un anciano alsaciano, un sabio, un filósofo que me ha hecho abrir los ojos y que me ha tomado un gran cariño. Tú eres un buen muchacho, Piriac. Tienes talento.

»—¡El señor barón es demasiado bueno!...

»—No, no, solo te hago justicia. Necesito un hombre como tú para secundarme. Vuelvo á poner casa en una sencilla habitación de soltero, muy modesta, hasta que pueda disponer otra cosa... ¿Quieres ser mi ayuda de cámara, mi factotum?

»El barón añadió algunas palabras, que te contaré en nuestra próxima entrevista, porque no se pueden escribir.

»Me creí dichoso pudiendo aceptar su proposición.

»Me hablaba más bien como compañero que como amo.

»He aquí, querido amigo como he llegado á ser por segunda vez el ayuda de cámara de mi antiguo compañero del regimiento, el barón de Saint Aubin Deschaumes.

»Hace dos horas que estoy viviendo en un entresuelo muy elegante de la calle de Copérnico, en el barrio de los Astrónomos, no lejos del Arco de la Estrella, muy contento por tener un albergue y una mesa donde comer.

»Aquí es donde debes escribirme, y aquí vendrás á buscarme tan pronto como llegues á París, porque estoy dispuesto á ayudarte con todas mis fuerzas como á un amigo, como á un hermano.

»Supongo que no irás á eternizarte ni á alestarte como una marmota en tu cabaña de Saint-Jean-du-Desert.

»Conque lo dicho, y ya sabes que puedes disponer como gustes de tu amigo, que te estrecha cariñosamente la mano.

»JESÚS PIRIAC.»

El pastor había escuchado esta lectura con interés.

Jaime Fugeret lanzó al terminar una especie de rugido, y lleno de despecho y con indignada voz exclamó:

—¡Criado!

El pastor no era de su opinión.

—He oído decir que el ser criado de esos señores es una cosa agradabilísima. Lo cierto era que para llegar á semejante puesto no hu-

biera debido destrozar tantos pantalones en los bancos del seminario. A mí me gusta mucho más mi libertad, el derecho de poder ir con mi rebaño adonde me plazca, aunque de vez en cuando me cueste alguna multa; pero á la juventud de hoy en día le gusta vivir entre el lujo y la opulencia. Parecen animales hidrófobos. ¿Qué demonios tiene París en su vientre para que todo el mundo corra á albergarse en él?

El joven se había quitado de la ventana para penetrar en el interior de la casa.

Ya no escuchaba al pastor, que se alejó poco á poco, y dos ó tres minutos después oyó al anciano que, haciendo chasquear su látigo, reunió su rebaño y le llevó á un camino que conduce á Saint-Elier, cantando con chillona y desagradable voz una canción del país.

El antiguo seminarista se olvidaba de su amigo Jesús Piriac, que había llegado á ser el ayuda de cámara del barón de Saint-Aubin, de aquel aventurero de boulevard, y no pensaba más que en este hecho, que había sabido por casualidad.

La condesa de Arvil estaba en camino para París; Magdalena se hallaba sola en las Forges, privada de aquella guardiana vigilante, á la cual era tan difícil engañar.

Quería tener con la joven una entrevista definitiva antes de tomar una determinación y de marcharse del país.

¿Qué la diría?

¿Lo sabía acaso?

No tenía más que una voluntad, volverla á ver, hablarla. Esta idea le perseguía desde el momento en que cometió el crimen,

Esta idea alejaba el sueño de sus ojos, borraba los demás pensamientos de su imaginación.

¡Ver á la señorita de Arvil! ¡Oír de su boca su sentencia, por muy cruel, por muy terrible que fuese!

Se propuso ir al día siguiente al castillo.

Aun sería tiempo.

Burard, el cochero, había dicho que la ausencia de la condesa duraría por lo menos dos días.

Pero su impaciencia le obligaba á hacer cuanto antes aquella visita, que podía ser funestísima para sus proyectos.

La madre, inquieta, podía cambiar de opinión y volver cuanto antes al lado de su hija.

Se decidió en seguida.

No quiso dejarlo para el día siguiente.

Se puso el sombrero de paja sobre sus negros cabellos, uno de esos sombreros de paja basta, que se venden en las ferias por cinco reales, cepilló cuidadosamente su ropa para quitarla el polvo, y sin cerrar la puerta, porque no temía que los ladrones se llevasen nada, puesto que su fortuna la llevaba en el bolsillo, se dirigió hacia las Forges por el camino más corto.

No necesitaba apresurarse mucho.

Apenas si eran las doce.

A lo lejos sonaba la campana de la parroquia, que tocaba el *Angelus*, enviando sus notas argentinas por encima de la espesura del bosque.

Tenía, pues, tiempo sobrado.

Hubiera querido volver á ver al abate Ase-
lin, su antiguo protector; pero no se atrevía.

Y el cura se mostraba con él tan bueno como siempre; pero estaba tan triste como un pastor que hubiera perdido la mayor parte de las cabezas que formasen su rebaño, y sobre todo aquella que más apreciase.

Se dirigió á través del bosque hacia la Forge, dando un rodeo que le condujese al estanque.

Allí se detuvo y se sentó en un tronco de chopo, caído por el tiempo y la carcoma al lado del agua.

Estaba en medio de la soledad de aquel inmenso bosque. Allí no había vecinos indiscretos como en la aldea de los Esarts.

A lo lejos, más allá de la explanada, adornada de macizos cuajados de flores de matices variados, se destacaba la parte más hermosa de la fachada del castillo encima de una altura, y sus persianas blancas se destacaban á su vez de los muros de granito.

Las de la habitación de la señorita de Arvil estaban en aquella parte de la fachada.

Las maderas estaban completamente abiertas.

En el exterior de uno de los miradores había una mecedora.

No había nadie sentado en ella.

Jaime Fugeret conocía perfectamense aquella habitación.

¡Cuántas veces, con ese salvajismo del joven pobre, orgulloso y tímido, había llegado, casi arrastrándose hasta el sitio donde se hallaba, con objeto de poder ver, después de interminables horas de paciencia, aunque no fuese más que por un minuto, á aquella cuyo pensamiento constante le volvía loco, le exaltaba

hasta llegar al crimen que había cometido al fin.

No se veía á nadie.

En vano sus miradas trataban de penetrar en el interior de aquella habitación.

El tenía, sin embargo, trazado su plan.

Si Magdalena hubiera estado allí, hubiese trepado hasta el balcón, lo que era sumamente fácil, y la señorita de Arvil se habría aterrorizado y le hubiese tenido que escuchar á la fuerza.

Sobre las dos de la tarde, harto ya de su inútil espera, tomó al fin un partido.

Dió una nueva vuelta, llegó sin ser visto hasta la otra fachada del castillo, y no viendo á nadie, se decidió á subir por la escalera de la terraza y penetró en el vestíbulo.

Estaba desierto.

Hacia el lado de las cocheras había un jardinero ocupado en arrancar la hierba de uno de los paseos del jardín, y á lo lejos el guarda Morán se alejaba acompañado de su perro, que saltaba á su lado, con objeto de dar la vuelta de la tarde.

En el interior del castillo no se oía el menor ruido.

Es inútil decir que el corazón del miserable latía violentamente.

Se miró en un espejo.

Su aspecto de vagabundo se despegaba de aquel lujo de que estaba rodeado, pues allí todo era suntuoso; sus convulsos rasgos expresaban á la vez el miedo y la decisión del merodeador que se halla en acecho de una presa.

Temblaba como un azogado; y sin embargo,

nada podía tener mejor explicación que su visita. ¿Qué podía temer?

Para disculparse no tenía más que preguntar á la primera persona que se presentase.

—¿Dónde está Brígida?

No tuvo que molestarse en hacer semejante pregunta.

Ya hemos dicho que el vestíbulo estaba desierto.

Jaime abrió con mano poco segura una puerta, por la cual había entrado muchísimas veces. Era la del salón principal; lo mismo que el vestíbulo estaba desierto.

Era una habitación de gran capacidad, de artesonado techo y tapizada de seda roja, de la cual se destacaban varios retratos de familia pintados al óleo.

Tenía aquel salón un aspecto severo.

La mayoría de los retratos recordaban la magistratura de otros tiempos, los parlamentos que han precedido á la revolución,

El culpable por una especie de alucinación creía ver que los ojos de aquellas cabezas de largas y empolvadas pelucas, se dirigían hacia él.

Se adelantó con precaución.

Pasado aquel salón se encontraba otre más pequeño, más alegre y no por eso menos majestuoso, tapizado de seda azul.

Cuando llegó á la puerta titubeó un momento; pero no oyendo ruido se decidió á entrar.

Abrió la puerta y permaneció inmóvil en el dintel.

La señorita de Arvil completamente sola, se hallaba sentada delante de una chimenea en la que ardía un gran fuego.

Con la cabeza apoyada en la mano izquierda, con la frente medio oculta, con los ojos cerrados, con una expresión de mortal tristeza esparcida en su rostro, no se dignó volverse siquiera al oír el ruido que la puerta produjo al abrirse.

—¿Sois vos, Brígida?—preguntó — Jaime Fugeret no contestó.

Cerró la puerta tras sí.

Magdalena se incorporó y le vió.

La indignación trasformó su rostro.

—¡Vos!—exclamó levantándose.

Y como el joven persistiese en su silencio:

—¡Vos! volvió á exclamar con más energía...

¡Vos aquí! ¡Os atreveis!...

Jaime Fugeret seguía adelantándose.

La joven cogió el cordón de la campanilla.

—¡No os acerqueis ó llamo!—exclamó la jóven...

En el tono empleado por Magdalena se expresaba el disgusto más que cólera.

Jaime Fugeret bajó la cabeza.

Su audacia le abandonaba.

Quizás el rostro trastornado de su víctima, el dolor que tan fácil era reconocer en él, le hacían conocer mejor que todos los razonamientos la infamia de su crimen.

Extendió la mano hacia ella, del mismo modo que un acusado que solicita de su juez un momento de paciencia, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Ya sé—dijo en voz baja, casi ahogada, hasta qué punto debéis odiarme...

—¡No os hago el honor de odiaros!... ¡Os desprecio!...

—No me anonadéis... Cuando me hayais oi-